

piaba con la hermosísima letra caligráfica que había sacado del colegio. Muy pronto había logrado imitar á la perfección la escritura alemana, y obsequiar á Julio con copias de traducciones, en forma casi idéntica al original. Tales finezas habían tocado el corazón del joven; de suerte que, mientras Socorro y Gustavo reían en á más y mejor, bromeaban y recorrían en briosos corceles los campos vecinos á la población, Julio y Consuelo permanecían en casa hablando de literatura ó leyendo versos. Sea por eso ó por lo que se quiera, el hecho fué que, cuando las jóvenes "de" Dena emprendieron la marcha de vuelta á Fópoli, estaban muy adelantados ya sus incipientes amores con Grimm y Schultze, quienes se enternecieron al verlas partir, y les ofrecieron ir pronto á visitarlas á Fópoli. Julio y Gustavo cumplieron la promesa de ahí á poco, y la familia beneficiada, loca de alegría, no sabía qué hacer con ellos para festejarlos; tanto que la fiestecita á que nos referimos, no era más que uno de los números del rico y variado programa organizado en su honor por doña Anastasia y sus tiernos vástagos. Por eso no comenzó la audición hasta que ellos se presentaron.

Desgraciadamente las señoritas "de" Dena no fueron bastante francas con las expósitas para confiarles su secreto; sea por el desdén con que las veían, sea por

temor de quedar en ridículo una vez más (pues varios chascos de esa especie les habían pasado), si daban por hecho el compromiso y al fin no se casaban; pero su reserva, prudente tal vez, estaba destinada á producir equivocaciones lamentables, como se verá más adelante.

 II

Continuación del anterior.

Pasadas las presentaciones, se dió traza á principiar el concierto. Grimm tocaba el piano, Schultze el violín, y ambos se acompañaban perfectamente; así que los dos amigos, apenas cambiados los saludos de ordenanza, iniciaron la audición, ejecutando con soltura y corrección una pieza germánica de gran dificultad. Y mientras tocaban, las señoritas "de" Dena no les quitaban la vista de encima. Examinémoslos también por nuestra parte.

Era Julio un joven como de treinta años, de estatura elevada, cutis claro y sonrosado, ojos azul turquí, tristes y serios, pelo y barba rubios, aquél y ésta partidos por en medio, á la costumbre de Maximiliano, entonces en privanza. Su aspecto era muy elegante y cuidado; lle-

vaba, nítidos como la nieve, cuello, pechera y puños de la camisa, bien cepillado, planchado y sin arrugas el traje, nuevos y charolados los botines, y bien lavadas, suaves y pulcras las blancas manos.

Gustavo, poco más ó menos de la misma edad, era de menor estatura y algo menos blanco; llevaba bigote, y tenía pelo y barba castaños, y ojos verdosos. Esbelto, nervioso y movable, tenía algo del mono en su gesticulación y actitudes; pero era muy simpático por su fogosidad mezclada de travesura y aire "bon enfant."

Cuando acabaron de tocar, fueron muy aplaudidos.

Las señoritas "de" Dena ocuparon el piano después de ellos, ejecutando una pieza á cuatro manos, y obtuvieron una ovación cuando dejaron sus asientos.

Después tocó á Berta el turno: cantó una canción napolitana, de esas que brotan á millares del genio popular de la bella Parténope, y que no pueden ser oídas sin emoción, porque retratan el carácter ardiente y soñador de aquella raza del Mediodía. Socorro la secundó al piano con bastante destreza, y la dulce voz y el arte exquisito de Berta, resplandecieron admirablemente al través de la sencillez de la partitura. Los alemanes apenas se habían fijado al entrar, en Berta y Paulina, sin duda al verlas pobremente vestidas; pero desde que oyeron cantar

á la primera, no tuvieron ojos sino para las dos. Así que, cuando ésta acabó la canción, Grimm le ofreció el brazo para conducirla á su asiento, olvidándose de Socorro, que marchaba sola tras ellos.

—Señorita, dijo Grimm á Berta por el camino, dejando caer sobre ella la mirada de sus tristes ojos, tiene usted una voz encantadora.

—¿Le parece á usted? preguntó Berta alzando hasta él los suyos con expresión infantil.

—Sí, repuso Grimm, he quedado sorprendido de su talento.

La pobre niña experimentó íntima alegría al verse celebrada de aquella manera. Poco después llegó Schultze á presentarle también sus cumplidos, y lo hizo, á su vez, con entusiasmo y suma cortesía; pero á Berta le satisficieron más los elogios de Julio. Los alemanes se empeñaban en hacer cantar á Paulina, creyéndola también filarmónica; pero ella se excusó, confesando que no tenía gracia para nada.

—En cuanto á tocar, no sé tocar más que la puerta, y canto lo mismo que una rana, contestó con vulgaridad aplastante.

Pero al decir esto, mostró la dentadura espléndida y pasó los grandes y traviesos ojos por el concurso, deteniéndolos en Schultze muy intencionalmente. Gustavo sintió el flechazo de aquella mirada, y quedó codicioso de otra y otras, que so-

licitaba y obtenía de vez en cuando. A poco se le acercó:

—Es lástima que no haya aprendido usted la música, señorita, dijo para comenzar el diálogo.

—Tengo orejas de piedra, señor, repuso la joven con extravagante jactancia.

—Por fortuna, repuso Schultze galantemente, es usted tan hermosa, que no necesita saber música para ser admirada.

Aquella frase puso á Paulina fuera de sí, y creyendo que su buena estrella le deparaba brillante oportunidad de hacer una nueva conquista, puso en juego todos sus donaires para dejar mal ferido de amores al tetánico germano. También Julio había impresionado gratamente el tierno corazón de Berta. Esta le encontró hermoso, fino y elegante; le creyó bueno por su blanda manera de mirar; tuvo por cierto que hasta aquel día no había conocido hombre que poseyese las prendas varoniles y el irresistible atractivo de Grimm; y al impulso de tan plácidos sentimientos, dió rienda suelta á sus aficiones de artista, y cantó cuanto le dijeron, y mucho más que nadie le pidió, á cada momento mejor y con acentos más tiernos. Y él, encantado por tanto derroche de arte, no menos que por tanta discreción y belleza, no fué parco para ella en las manifestaciones calurosas de su admiración y de su aplauso.

Entretanto, Socorro y Consuelo no las tenían todas consigo. Habían llevado á sus amigas á la reunión con el único objeto de que les formasen corte y les sirviesen para divertir al concurso; pero al ver que Grimm y Schultze les dedicaban sus obsequios, se arrepentían de su imprudencia; y sintiendo muy adentro las picaduras del amor propio y de los celos, se esforzaban por atraerse la atención de los álemanes y alejarlos de Berta y Paulina. Así fué que Consuelo cerró con Julio y Socorro con Gustavo. Aquélla movió conversación sobre cierto viaje que su familia y Grimm habían hecho al Manzanillo poco tiempo hacía, sobre las bellezas de los baños de mar, y sobre las graciosas aventuras sucedidas en aquella ocasión, por tierra y agua; Socorro pretendió interesar á Gustavo hablándole de precios de efectos, movimiento mercantil y otras cosas fastidiosas. Pero ni uno ni otro comprendieron, sin duda, la intención de sus interlocutoras, porque, después de departir con ellas tanto cuanto lo exigía la urbanidad más exquisita, se apartaron de su lado para tornar á reunirse con las encantadoras huérfanas. Entretanto, Berta, corta y medida, no daba á conocer la impresión que Julio hacía en su ánimo, ni el deseo que tenía de verle á su lado, ni el gusto que experimentaba al oír su palabra. Su continente

era el de una persona serena, equilibrada y simplemente cortés; pues ni fijaba en él los ojos, ni le sonreía demasiado, ni hacía más que contestarle, sin buscar nuevos asuntos de conversación ó procurar retenerle de alguna manera. ¡Y entretanto, le daba vuelcos el corazón por la primera vez de su vida, y sentía que no se saciaría nunca de verle ni de oírle! Paulina, por el contrario, mostraba á las claras el placer que sentía con las finezas de Gustavo y el empeño que tenía por mantenerle cerca de sí; y aun no tardó en hablarle por su nombre de pila, como si le hubiese conocido años atrás, con una facilidad y una llaneza demasiado rápidas y prematuras.

En aquellos momentos se introdujo por la sala el mocetón Prudenciano, que venía de la cantina, donde había estado charlando con otros muchachos alegres, y traía brillantes los ojos y los pómulos color escarlata. Paulina, al verle, se sintió contrariada, pues estaba tan entretenida con los galanteos de Gustavo, que algo hubiera dado por evitar que fuesen interrumpidos. Prudenciano, repetimos, había principiado la aventura de sus amores con ella por pura ligereza ó con fines torcidos; pero la gracia de Paulina era tan enloquecedora, y le jugaba ésta tantas malas partidas, que, sin quererlo ni pensarlo, había ido perdiendo los estribos y cobrando interés

verdadero por la joven, tanto más, cuanto que ésta se tornaba más incomprensible y burlona, á medida que el afecto de él iba en aumento. Al entrar, pues, comprendió el mancebo á la primera ojeada, que su novia había estado haciendo de las suyas durante su ausencia, y se acercó al grupo para vigilar la posición.

—¿Interrumpo? preguntó con imperinencia.

—De ningún modo, repuso cortesmente Gustavo.

—¿Se ha tocado y cantado mucho? volvió á preguntar Prudenciano.

—Bastante, contestó el alemán.

—Yo, dijo Paulina, no he hecho más que oír; estoy aquí de sobra.

—Ni aquí ni en parte alguna sobra usted, señorita, observó Gustavo; es usted demasiado hermosa para ello.

—¿Flores tenemos? interrumpió Prudenciano con ironía.

—El señor es muy amable, repuso Paulina.

—No amable, sino justo, repuso Schultze.

—Ustedes los alemanes, prosiguió Paulina, están acostumbrados á ver muchas guapas por Colima. . . . y hasta van á buscarlos.

—No diga usted eso, replicó Gustavo con mortificación.

—No todas, protestó enérgicamente

Prudenciano; mis hermanas no fueron á buscar á nadie.

Paulina no hizo aprecio de la rectificación, y agregó:

—Esas sí que valen la pena.

—No diré que no; mas por acá, según veo, se quedan otras no menos guapas ni encantadoras, replicó Gustavo.

—Las ricas, repuso Paulina.

—No me refiero á ellas, objetó Gustavo.

—Vamos, vamos, interrumpió Prudenciano, veo que están ustedes diciéndose chicoleos.

—¿Qué quiere decir eso? interrogó el alemán amostazado.

—Pregúntelo usted á Paulina, que lo sabe mejor que yo, repuso el joven de mal talante.

La conversación continuó así, agrídulce, entre los tres, durante buen rato, sin que Prudenciano diese la menor traza de separarse; pero Paulina no le hacía el menor caso, y todas sus atenciones eran para Schultze. Y como todo lo observaba doña Anastasia desde lejos, indignada al ver la mala figura que hacía en la reunión toda su familia, se apartó con sus hijas á un rincón de la sala, que convirtió en atalaya, para vigilar los movimientos del enemigo.

—Según parece, niñas, murmuró con gesto desdeñoso, Julio y Gustavo tienen

tendencias á la gente de clase inferior. ¿No ven cuán contentos se muestran al lado de las "hospicianas?"

—Lo que es á mí, saltó Consuelo con mal disimulado despecho, me tiene eso sin cuidado; Julio me fastidia.

—Pero es fuerte cosa, agregó Socorro, que en nuestra propia casa vengan esos señores á menospreciarnos.

—Ustedes tienen la culpa, prosiguió sentenciosamente doña Anastasia, por no llevarse de mis consejos. Siempre les he recomendado se estimen un poco más y escojan mejor sus amistades, porque la gente baja tiene muchos inconvenientes: ahora están recibiendo el pago que merecen por andarse mezclando con personas ordinarias.

—En realidad, observó Consuelo, nada tenemos que decir de Berta; vean ustedes cuán seria y juiciosa se muestra.

—Es una mosca muerta, saltó doña Anastasia con saña.

—La loca es Paulina, exclamó Socorro con cólera: miren qué ojos echa y qué dengues hace á Gustavo.

—Después de todo, murmuró la mamá, vale más que vayan ustedes conociendo el mundo desde ahora para que cobren experiencia; de aquí pueden sacar muy provechosas lecciones. En primer lugar, la de que no deben reunirse con la gentuza, por que la cabra tira al monte; y en se-

gundo, la de que todos los hombres son falsos y perversos. He ahí, si nó, á Julio y Gustavo, que parecían tan correctos amartelados, vueltos unos bobos con esas infelices, y olvidados de sí mismos y de nosotros.

—Lo que es á mí, mamá, interrumpió Consuelo, repito que nada me importa, pues nunca he pensado en Julio.

—¿Para qué lo niegas, niña?

—Yo sí, para qué lo he de negar, terció Socorro; yo sí he creído que Gustavo me quiere, y, francamente, no le tenía mala voluntad, pero ahora le odio.

—Esto no tiene forma ya, interrumpió doña Anastasia con despecho, aludiendo al concierto; es menester que concluya.

—Por mi parte, no hay inconveniente, mamá, dijo Consuelo.

—Como quieras, mamá, agregó Socorro; pero ¿cómo hacemos?

—Es muy sencillo, dijo la matrona. Van ustedes á ver cómo lo hago.

Y levantándose del enorme sillón donde se había emboscado, cruzó el salón y se dirigió á Paulina con paso rápido. Al llegar á ella, se detuvo y mirándola con ojos fulminantes, le dijo:

—Van á ser las dos de la tarde, y sor Ignacia espera á ustedes.

—Sí, señora, repuso la joven con viveza, poniéndose en pie, y comprendiendo en el acto que doña Anastasia las despe-

día á ella y á Berta; es hora de marcharnos.

—¿Por qué? intervino Prudenciano. Pueden ustedes quedarse á comer.

—No tienen licencia, repuso la airada matrona.

—¡Y aun cuando la tuviéramos! exclamó Paulina.

Y luego agregó en voz alta:

—¡Vámonos, Berta!

—¿Cómo? preguntó ésta sorprendida y cortando el coloquio con Julio. ¿Pues no vamos á quedarnos á.....?

—Sor Ignacia las espera, interrumpió doña Anastasia con sequedad y grosería.

Berta no pudo comprender de pronto lo que pasaba, pues lo pactado había sido otra cosa; pero luego cayó en la cuenta, al ver la actitud de doña Anastasia, y sintiendo de un golpe la humillación que se les infligía, por poco se echaba á llorar. ¿Por qué aquel desaire? No podía explicárselo. ¿Lo habría echado de ver la concurrencia? En todo caso, importaba disimular. Persuadida de ello, apeló á toda su fortaleza para sobreponerse á la emoción y á la vergüenza, y contestó sencillamente:

—Tienes razón; se me había olvidado: vámonos.

Consuelo y Socorro, de mal talante también, no opusieron ni por fórmula, el menor obstáculo á la retirada de sus amigas, sino antes bien, se apresuraron á bus-

carles y entregarles los abrigos; sólo Prudenciano se manifestó comedido, y aun pretendió acompañarlas hasta el Hospicio.

—De ningún modo, saltó doña Anastasia encolerizada. No sería conveniente que fueras tú solo con estas niñas; le parecería mal á sor Ignacia.

Su veto exaltado provenía de que estimaba desdoro para su hijo andar con ellas por la calle.

—Aunque así sea, protestó el joven; se hace lo que se debe. ¿Cómo han de marcharse solas?

Para transigir, tuvo doña Anastasia que mandar á las huérfanas en el landeau, y la pena de no poder evitar que los alemanes, que no se habían dado cuenta de lo que sucedía, saliesen á conducir las hasta el carruaje, y les diesen la mano para subir al estribo. Ahí se cambiaron ellas y ellos las últimas cortesías, hasta que partió el coche.

—¡Qué desaire! murmuró Berta tan pronto como nadie pudo observarla; y llevándose el pañuelo á los ojos, se echó á llorar á lágrima viva.

—No seas tonta, repuso Paulina con mirada centellante; las cosas se reciben como de quien vienen. Además, no hay que olvidar que somos huérfanas y pobres, y que los ricos se arrojan siempre el derecho de despreciar á los que no tie-

nen dinero. Por eso estoy cansada de ser hospiciana, y abrigo el propósito de salir de pobre como se pueda.

—Pero ¿qué les hemos hecho? ¿Por qué nos tratan así?

—En cuanto á eso, repuso Paulina, no hay que preguntarlo; tienen razón para desquitarse.

—¿Por qué?... Yo no les he hecho nada.

—Sí, también tú.

—No, yo no.

—¿Pues cómo le llamas á eso de haberte hecho aplaudir por los convidados?

—Eso no tiene caso.

—Sí lo tiene, porque son muy envidiosas. Sobre todo, ¿no ves que hemos atraído la atención de Julio y Gustavo, y las hemos dejado relegadas al segundo término?... Entre tú y yo lo hicimos; porque Gustavo permaneció junto á mí y Julio junto á tí casi toda la mañana. ¡Qué gracioso!, continuó prorrumpiendo en una sonora carcajada. Habían organizado la fiestecita para lucirse, y nosotras somos quienes nos hemos lucido.... Nadie sabe para quién trabaja.

Estas razones distrajerón la atención de Berta hacia otros objetos; se acordó de Grimm, de su rostro y de su voz, y se sintió embargada por un dulce estupor que la llevó muy lejos de la escena.

—Por lo que hace á mí, oyó maquinal-

mente que seguía diciendo Paulina, me ha sabido á gloria este rato. Es verdad que Gustavo me agrada, pero más me agrada ver rabiarse á esas "ñatas" ridículas. La vieja y sus hijas me querían comer con los ojos, al verme hablar con el alemán; y yo, te lo confieso, exageraba mi amabilidad de propósito para hacerlas sufrir. ¿No observaste cuán amarilla se puso Socorro, cuando en el calor de la conversación, dí á Gustavo un golpecito en el brazo con esta gardenia que traigo en la mano? Pues se puso como de cera: parecía muerta... ; Toma tu desaire!... ; Ya verán lo que les pasa!... No me conocen.

Entretanto, se habían secado las lágrimas de Berta, y permanecía muda y absorba en sus propios pensamientos. Ya sabía por qué había amanecido tan contenta aquella mañana; era que presentía á Julio. ¿Cuán buen mozo era! ; Qué cosas tan delicadas le había dicho! Recordaba que le había manifestado deseo de conocer el Hospicio, y ofrecido que pronto iría á visitarlo y á saludarla. ¿Sería por pura cortesía, ó experimentaría hacia ella de veras alguna inclinación?... No había que consentir en cosas imposibles; era preciso quitarse aquellas ideas de la cabeza, como malos pensamientos, pues no era natural ni imaginable que Grimm pensase en ella; sin embargo, la manera con que la había visto, el temblor

de su voz, aquellas medias palabras.... ; Que fuera lo que Dios quisiese.... ; pero que quisiera que fuese cierto!

Abismada en aquellas reflexiones y recuerdos, se desvanecieron ante sus ojos doña Anastasia, Consuelo y Socorro, el coche y hasta Paulina, y recogida en lo más secreto de su ser, no hacía más que ver unos ojos azules que la miraban intensamente, y oír una voz emocionada que murmuraba su nombre. Cuando paró el carruaje, volvió en sí, y quedó sorprendida al verse en el pórtico del Hospicio.

—Ni una palabra á sor Ignacia, le recomendó Paulina; sería muy humillante. Voy á decirle que no nos quedamos porque tengo jaqueca.

III

San Vicente de Paul

Gran mes para el Hospicio era el de julio, por ser el de la fiesta del santo patrono del establecimiento. Días antes del 19, fecha en que la Iglesia conmemora al fundador de la orden de las hermanas de la Caridad, comenzaba grande y nunca visto trajín en la casa, se hacían preparativos en escala colosal, había ir y venir de objetos y personas, y se observa